

LA OPCION SUR-SUR

JULIUS K. NYERERE

Ahora cuando el descenso de los dólares petroleros y el pago de la deuda internacional han saltado de las páginas económicas a la vida diaria de todos los venezolanos. Ahora cuando se alargan las colas frente a RECADI y cuando la cotización del dólar en la Bolsa ponen de punta los nervios de nuestra clase media. Ahora cuando reina el escepticismo frente a una campaña electoral que no acaba de plantear verdaderas soluciones... Ahora es cuando los venezolanos más lúcidos y el pueblo más sufrido perciben que hay que buscar las soluciones en un cambio del modelo de desarrollo que ha orientado la política y la economía venezolanas durante las últimas décadas.

Ahora es cuando cobra especial valor para nosotros el discurso que Julius K. Nyerere pronunciara al recibir el Premio Tercer Mundo de manos de Indira Gandhi. Nyerere, un gran estadista y un gran católico, tiene la virtud de la claridad en la percepción y exposición de los problemas. Tercer Mundo y sus integrantes, desarrollo y subdesarrollo, dependencia y otros temas similares quedan definitivamente claros en su discurso. Desde esa claridad, mirando a los pobres de nuestros pueblos, para ellos, propone un modelo alternativo de desarrollo. Además, con gran realismo político, lo encuadra en el marco de las tensiones actuales del planeta, de modo que queda realizable.

El discurso que presentamos será leído con gozo por todos aquellos que desde los sectores populares se esfuerzan en encontrar luz y camino para sus organizaciones y sus luchas. También por quienes desde el compromiso social o político buscan de verdad el bien de las mayorías. Y por quienes desde los campos intelectuales se esfuerzan en iluminar el proceso de cambio.
(N. de la R.)

Señora Primera Ministro; Excelencias; Amigos.

El establecimiento y la adjudicación anual del Premio Tercer Mundo, dadas las implicaciones que tiene, origina numerosas declaraciones polémicas. En primer lugar implica la afirmación de que existe algo llamado Tercer Mundo. En segundo lugar, es una afirmación de que ese Tercer Mundo está consciente de su existencia en tanto unidad diferente, y consciente también de su condición de víctima de la explotación. Y, en tercer lugar, este Premio significa afirmar que el Tercer Mundo está involucrado en los asuntos de la humanidad, y que tiene derechos al interior de la comunidad más amplia. De esta manera el Premio Tercer Mundo es una declaración de orgullo por nosotros mismos, y ratifica nuestra intención de llegar a controlar nuestro propio destino.

Sobre la base de este convencimiento en relación al significado que tiene el Premio Tercer Mundo, yo sólo puedo pagar un tributo a todos aquellos que han aceptado la onerosa responsabilidad de decidir, año tras año, quién deberá recibirlo. Hoy lo acepto, y lo hago con sentimientos de humildad y algo de impropiedad.

Si los países fueran como las Compañías, un buen número de Estados pobres —y algunos ambiciosos pero no tan pobres— podrían ser declarados hoy en quiebra. En los países pobres, millones de personas hacen frente al riesgo de inanición; aún cuando existen servicios de salud y educación para las masas, hay un déficit de medicamentos y de libros, y su sistema de transportes y de distribución está en peligro de interrumpirse. En los países industrializados y desarrollados, por otro lado, hay desempleo masivo, se están reduciendo los servicios públicos y la reinversión disminuye drásticamente. Todas las naciones están experimentando severos problemas económicos, pero la brecha entre los países pobres y los ricos es más ancha de lo que nunca lo fue antes.

Las desigualdades en el mundo no son cosa nueva; esas desigualdades se han ido incrementando constantemente durante el siglo veinte. Pero ha habido un cambio. La denuncia hecha por los países pobres a comienzos de los años setenta se refiere a que el sistema económico internacional da por resultado el que casi todos los avances sean apropiados por los países ricos. La réplica de estos últimos fue de que el crecimiento económico se daba en todas partes, aunque lentamente, y de que el crecimiento mundial mostraba que el sistema

internacional era beneficioso para todos. Esta réplica ya no se puede sostener. Aproximadamente desde 1972, los países pobres se han hecho cada vez más pobres, tanto en términos absolutos como en términos relativos. Más recientemente los países ricos han visto declinar su tasa de crecimiento mientras hacen frente a una incertidumbre creciente en lo que respecta al reembolso de sus préstamos de ultramar. De hecho cada vez se hace más claro de que un sistema económico internacional injusto y explotador está en proceso de caerse a pedazos y de que no se percibe ninguna disposición para reemplazarlo ordenadamente. La ley de la selva está de regreso.

Para hacer frente a estos hechos son muchas las conferencias e informes que se han realizado. El resultado principal es una promesa vaga, la convocación a nuevas reuniones y un resentimiento que va creciendo. Nosotros, en el Tercer Mundo, somos los que nos lamentamos más, porque somos los que estamos sufriendo más agudamente y los que experimentamos con mayor urgencia la necesidad de una compensación. Son muchos los países del Tercer Mundo para los cuales el desastre es algo inminente.

¿QUE ES EL TERCER MUNDO?

Pero, ¿qué es este "Tercer Mundo", este "Sur", (porque estoy utilizando estas palabras de modo equivalente), sobre el cual hablamos tanto?

Se puede dar —y de hecho se dan— varias definiciones de "Tercer Mundo"; incluso aquellos que están de acuerdo en que tal cosa existe, no siempre están de acuerdo sobre cuáles son los países que pertenecen al Tercer Mundo. Sin embargo, cualquiera sea la definición, el término "Tercer Mundo" es sinónimo de subdesarrollo y atraso técnico; también casi siempre significa pobreza. Como resultado de la historia los miembros del Tercer Mundo cubren, virtualmente, la zona geográfica del Sur, excluyendo Japón, Australia y Nueva Zelanda. Sin embargo hay una acepción importante de acuerdo a la cual un país tiene que decidir por sí mismo su calidad de miembro del Tercer Mundo. Porque algunos países del Tercer Mundo son más ricos o más industrializados que otros; y en una sociedad donde existe la segregación alguien que están intentando "pasar" a la comunidad dominante se distancia tanto como sea posible de sus amigos tradicionales y pertinentes.

Sin embargo, cualesquiera que sean los países marginales que se incluyan o se excluyan, el Tercer Mundo está formado por países que son víctimas y que no tienen poder en el contexto de la economía internacional. Por consiguiente, aunque las naciones del Tercer Mundo se han unido en la petición de un Nuevo Orden Económico Internacional, no hemos sido capaces de forzar ningún progreso notorio hacia él. No hemos sido capaces de asegurar que se preste la debida atención a la reestructuración del sistema existente, o de sus instituciones internacionales más importantes.

Juntos, nosotros constituimos la mayoría de la población mundial y somos dueños de la mayor parte de ciertas materias primas importantes; pero no tenemos el control y apenas algo de influencia sobre la forma en que las naciones arreglan sus asuntos económicos. En el establecimiento de las normas internacionales nosotros somos receptores y no participantes.

Es verdad, por supuesto, que los países exportadores de petróleo, agrupados en la OPEP, han sido capaces de afectar la economía mundial. Pero yo sugiero que lo que ellos realmente han logrado ha sido mostrar la inestabilidad fundamental y la injusticia de las disposiciones actuales. En el transcurso de ese proceso ellos han demostrado, temporalmente, su poder para intensificar el desorden económico mundial, pero también demostraron su falta de poder para provocar cualquier cambio constructivo del sistema mismo. Así, la inflación mundial ya estaba en camino antes de que terminara el año 1973; el aumento de los precios del petróleo sólo significó un agudo giro a una espiral ya existente, y la actual recesión mundial ha deteriorado los planes de desarrollo de casi todos los países productores de petróleo, sin consideración alguna de la OPEP. Es por esto que ser miembro de la OPEP no descalifica a un país para ser miembro de un grupo determinado por su falta de poder en relación a las instituciones que manejan el mundo económico. Ello significa apenas, que viviendo de recursos no renovables, estos países pueden, durante algún tiempo, redistribuir el ingreso mundial a su favor.

LOGROS INSUFICIENTES

Ha sido sobre la base de la falta de poder que tienen por separado, y en el convencimiento de que si se plantean juntos ellos pueden reducir esa impotencia, que los países del Tercer Mundo han iniciado, unidos y esperanzados, la serie de conversaciones y negociaciones Norte-Sur. Hemos alcanzado algunos resultados positivos; en términos históricos, esos resultados no son insignificantes. En particular, el problema de la pobreza en el mundo se encuentra hoy en la agenda; todo el mundo considera, al fin, ventajoso estar de acuerdo con que hay que terminar con ella.

Desafortunadamente, los logros no son aún suficientes como para proteger a los países pobres del deterioro de los términos de intercambio con el Norte desarrollado y del empeoramiento de ciertas condiciones que ya antes causaban consternación. No se trata sólo del hecho de que los cambios no alteran en absoluto las estructuras básicas del mundo; se trata también de que los mejoramientos concedidos al Sur no han sido puestos en práctica. Es así como sólo cuatro países —que se encuentran, además, entre los más pequeños— consagran al menos un 0,7 por ciento de su Producto Nacional Bruto a la Asistencia Oficial para el Desarrollo. El nivel promedio es de 0,37 por ciento, y las dos principales potencias han notificado que pretenden disminuir aún más su contribución. Recientemente ha habido un aumento del proteccionismo dirigido contra los productos procesados y manufacturados del Tercer Mundo, y aún existen barreras contra la libre entrada a los países desarrollados de algunos productos primarios agrícolas. El Fondo Común, establecido después de años de negociaciones, amenaza con transformarse en un espectro del concepto original. Las instituciones financieras

internacionales ya ni siquiera hablan de hacer más apropiados para los países en vías de desarrollo los términos de sus "préstamos con carácter condicional". La tan esperada Conferencia de Cancún concluyó teniendo —lo más probablemente— algún valor educativo, pero sin ningún acuerdo que permita desarrollar en forma constructiva las Negociaciones Globales a través de las Naciones Unidas.

En su Disertación Inaugural Tercer Mundo, "Las políticas de afirmación", Michael Manley habla sobre los problemas del desarrollo y concluye: "El mundo desarrollado tiene los recursos para hacer posible un comienzo serio. Lo que se necesita es un acto de imaginación colectiva, un salto cuantitativo en la capacidad de los estadistas". El Informe de la Comisión Brandt, publicado casi un año más tarde, hace una serie de proposiciones prácticas sobre cómo se podría progresar hacia "Un solo Mundo" lo cual iría en interés tanto de los países pobres como de los países ricos.

Sin embargo —y es lo menos que se puede decir— no hay evidencia de ningún inminente "salto cuantitativo en la capacidad de los estadistas" de la comunidad mundial. Las principales potencias industriales, tanto del bloque occidental como del bloque oriental, han dejado bien en claro su falta de interés práctico en una lucha organizada contra la pobreza en el mundo, y su impermeabilidad —por ahora— ante cualquier argumento racional para cambiar la economía internacional. Los miembros más pequeños de sus respectivas alianzas no comparten necesariamente su falta de interés o su hostilidad ideológica frente a cualquier discusión orientada al cambio constructivo en las instituciones internacionales. Pero pocos —y quizás ninguno de ellos— probablemente encuentre apropiado, o quizás posible, adelantarse sólo con nosotros en este terreno; ellos se sienten constreñidos a limitar sus actividades al comercio bilateral y a los acuerdos de ayuda bilateral. El progreso en el diálogo Norte-Sur será mínimo en los desesperanzados años que vienen.

Esto no significa que el Tercer Mundo deba dejar de argumentar, de debatir y de educar. Debe mantenerse la presión sobre el Norte. Somos parte del mundo y estamos involucrados en su economía. Nosotros, los países del Tercer Mundo, estamos ligados, económica y tecnológicamente, a las economías del Norte y somos parte del laberinto de relaciones económicas internacionales, las cuales están controladas por el Norte. Todas nuestras economías, y especialmente nuestras áreas urbanas, dependen del trabajo permanente de tecnologías importadas y requieren de la continua importación de repuestos, máquinas, combustible, etc., que esas tecnologías implican.

LA UNIDAD DEL TERCER MUNDO ES VITAL

Debe continuar el intento de mejorar los términos del comercio Norte-Sur y en general las relaciones económicas entre ambas partes, porque ese comercio debe continuar si queremos que nuestras economías sigan funcionando. Para ello, la unidad permanente del Tercer Mundo es vital. Porque es sólo esa unidad —y el hecho de que el poder de un Sur unido hará cada vez más costoso al Norte mantener su control sobre la economía mundial— la razón por la cual el Norte está dispuesto a negociar. Si permitimos que se nos divida, entonces nos debilitaremos y las actuales injusticias continuarán siendo incontrolables.

Pero la unidad se transforma en fuerza sólo cuando está organizada. Si, en la atmósfera actualmente hostil, queremos ser capaces de mantener las presiones por un Nuevo Orden Económico Internacional, y lograr, mientras tanto, mejoramientos en nuestras relaciones económicas con el Norte, entonces tenemos que organizarnos. Porque si las verdaderas negociaciones llegan a ser posibles, ellas implicarán problemas altamente complejos y minuciosos, con enormes implicaciones. Para enfrentarlos, la retórica no va a ser suficiente.

Queremos justicia en los asuntos económicos internacionales; pero aquello que constituye la justicia diferirá, a veces, según sean las circunstancias, el tiempo, y los diferentes tipos de economía que se dan en el Tercer Mundo. Hay, por ejemplo, ciertos componentes de un Nuevo Orden Económico Internacional que constituyen un interés común a la totalidad de los países del Tercer Mundo; es el caso de un cambio en la estructura de dirección de las instituciones financieras internacionales. Pero la prioridad que los distintos países dan a otros componentes variará de una manera tal que será un reflejo de los diferentes subgrupos que conforman el Sur, esto es, los países recientemente industrializados, las naciones sin salida al mar o las insulares, los países menos desarrollados, y así sucesivamente. A corto y mediano plazo, nuestro propósito debe ser el de asegurar cualquier avance que sea posible en cualquiera de esos frentes, dado que de todos modos las exigencias principales del Tercer Mundo están bloqueadas por ahora.

No es que tales avances estén ahora asegurados por el hecho de que se incluya su petición en la declaración que se apruebe en la reunión del Grupo de los 77. Tal reunión, y la preparación de una posición conjunta, es un comienzo esencial. Pero no es suficiente. Sobre la base de objetivos definidos para el Tercer Mundo, y en el marco de trabajo que tales objetivos proporcionarán, nuestros negociadores tienen que estar técnicamente equipados para hacer frente a problemas minuciosos, y deben hacerlo en diferentes foros y en todo momento. Cuando se enfrenten a eso, cada uno de ellos necesita ser apoyado por la fuerza del conjunto del Tercer Mundo, y debe actuar de manera tal que contribuya, a su vez, con esa fuerza total. Es, pues, esencial, la ligazón y la coordinación entre los diferentes grupos e individuos negociadores. Mi conclusión es que ya no hay otra alternativa sino un Secretariado Permanente técnicamente eficiente y altamente dedicado —un Grupo de Apoyo Técnico— para el Grupo de los 77.

El Tercer Mundo, en sus relaciones con el Norte, es como un sindicato en sus relaciones con el empleador. Se trata de lograr la unidad, tanto para compensar la fuerza de la otra parte como para crear un mayor equilibrio en las negociaciones. Y todo sindicato descubre, tarde o temprano, que tanto antes como durante cualquier discusión con la otra parte sus expertos negociadores necesitan el apoyo de investigaciones realizadas por técnicos experimentados.

El Norte es fuerte y poderoso. Pero no es omnipotente. Si queremos que nuestras negociaciones con el Norte tengan éxito, nos beneficiaremos enormemente si tenemos un Grupo de Apoyo Técnico compuesto de personal altamente calificado y dedicado, el cual estará permanentemente acumulando experiencias en todos los campos que sea necesario. Uno de los trabajos de este Secretariado será el de buscar áreas de posible negociación para el logro de una mayor justicia, siempre al servicio de nuestros negociadores. Un Grupo de Apoyo como este deberá ser pequeño y tendrá que ser manejado según el principio de máximo costo-eficiencia. Porque tendrá que ser financiado por el Tercer Mundo al cual se propone servir. Y el que paga, ¡manda!

Sin embargo, facilitar las negociaciones Norte-Sur no es la única tarea de un Secretariado del Tercer Mundo. Tiene otra de igual importancia.

DEBEMOS REDUCIR NUESTRA DEPENDENCIA

En último término las negociaciones son tan fuertes como lo sea el grupo de interés del cual trabajan. Las negociaciones Norte-Sur son posibles porque la dependencia no es enteramente unilateral. Pero el lento progreso alcanzado por el Tercer Mundo en dichas negociaciones refleja el equilibrio adverso de nuestra dependencia. Por ello, una tarea obvia del Tercer Mundo es la de reducir nuestra dependencia del Norte tanto como sea posible, y, en particular, vigilar que esa de-

pendencia no se acreciente aún más al desarrollar nuestras economías. El Tercer Mundo, y cada uno de los miembros que lo componen, necesita examinar las actuales estrategias de desarrollo con el propósito de constatar hasta qué punto ellas nos han conducido a un empeoramiento de nuestra dependencia, y si ello es así, en qué medida necesitan ser modificadas.

Casi todos los países del Tercer Mundo han declarado, en algún momento, que su objetivo nacional es la eliminación de la miseria, del hambre, de la ignorancia y de las enfermedades evitables en sus Estados. Hemos dicho —casi todos nosotros— que deseamos que nuestros pueblos sean capaces de vivir dignamente, teniendo a su disposición la alimentación, la vestimenta y el refugio adecuados, a cambio de su trabajo diario. Estos son objetivos muy simples y básicos. Alcanzarlos debería ser, para nosotros, el significado del desarrollo.

El desarrollo, tomado en este sentido, implica un incremento del consumo —y en consecuencia un necesario aumento de la producción— de alimentos, ropa y viviendas. Implica la disponibilidad pública de agua potable, de conocimientos básicos y de servicios fundamentales de salud. Y significa que todos los recursos que sean destinados a gastos o inversiones deben contribuir —directa o indirectamente— a satisfacer las necesidades de todos y cada uno.

Sin embargo, en la práctica, pareciera que el Tercer Mundo ha estado concibiendo el desarrollo en términos muy diferentes. A juzgar por nuestras acciones, nuestro objetivo nacional parece ser el de “alcanzar al Norte”, y el desarrollo parece significar la compra de los productos más elaborados y la última invención en todos los campos, sin tener en cuenta nuestra capacidad para pagarlas, ni siquiera para mantenerlas. Es así como hemos creado una continua dependencia con respecto a la importación de tecnología y de repuestos, lo cual nos exige producir para exportar, sin consideración alguna por el hambre y las necesidades actuales de nuestros pueblos. Entonces nos encontramos, demasiado frecuentemente, con el hecho de que un giro adverso en los términos de intercambio, o una sequía, o un simple error de cálculo, generarán una crisis mayor en la balanza de pagos. Tratamos de enfrentar esto obligando a nuestro pueblo a trabajar más por el mismo salario, y pidiendo préstamos al Norte —si podemos— con el objeto de invertir en la producción de mayores exportaciones con las cuales esperamos pagar las viejas y las nuevas deudas. De esta manera incrementamos aún más nuestra dependencia y nuestra debilidad. En este proceso, vamos creando el así llamado “sector moderno”, el cual señalamos como un signo de desarrollo. Pero este sector existe en un mar de pobreza, de ignorancia y de enfermedad. Eventualmente somos incapaces de satisfacer las necesidades crecientes de importación del Norte, incluso las de ese mismo sector moderno, y mucho menos somos capaces de aliviar la demanda que su existencia ha generado a nivel de masas. Nuestra economía —tanto el sector moderno como el tradicional— se vuelve cada vez menos eficiente. Al final, nuestra posición es peor que la del principio.

Definir el desarrollo como si este significara alcanzar al Norte, implica que el desarrollo es imposible para los países del Tercer Mundo. Los Estados Unidos de América, con cerca del 6 por ciento de la población mundial, utiliza ahora el 40 por ciento de la producción total de materias primas y energía del mundo. Entre los años 1959 y 1968, América utilizó una cantidad mayor de los recursos de la tierra de los que todos los pueblos del mundo habían consumido en su historia previa. Europa Occidental y la Unión Soviética, ambos con una población similar, tienen el objetivo implícito o declarado de “alcanzar a América”.

Tres veces 40 por ciento es 120 por ciento, y no se considera a Japón ni a ningún país del Tercer Mundo. Dos problemas surgen, dejando a un lado el obvio riesgo de guerra que la competencia por los recursos vuelve más intenso. En

primer lugar, los recursos del mundo son finitos; mientras más rápida sea la tasa de agotamiento, más cerca está el final. En segundo lugar, los niveles de consumo del Norte están basados en la utilización de una proporción injustamente alta de los recursos del mundo. Un mundo en el cual todas las naciones tengan acceso a una proporción injustamente alta de sus recursos es una imposibilidad.

Es el reconocimiento de estos dos problemas lo que ha llevado a algunas personas del Norte a cuestionar la racionalidad de la filosofía consumista, aún para el Norte. Es el mismo reconocimiento, combinado con el deseo de continuar al paso actual, lo que hace que otras personas del Norte exijan la integración a su sistema mundial de algunos países selectos del Sur, con lo cual se los puede ligar de una manera más segura a la periferia de los centros económicos existentes y además se rompe la unidad del Sur.

Pero aspirar a alcanzar al Norte tiene consecuencias aún más serias que el fracaso de llegar a la meta. Significa que nosotros no aboliremos la pobreza en nuestros países, y que seguiremos siendo dependientes, y por ello débiles, en nuestras relaciones con el Norte dominante. Significa también que habrá muy poca colaboración Sur-Sur, porque todos nosotros estaremos tratando de entrar al club de los hombres ricos, a costa de los demás si es necesario.

Definir el desarrollo como la satisfacción de las necesidades básicas de todo nuestro pueblo tiene implicaciones muy diferentes. En primer lugar, nos proporciona un objetivo que sí podemos alcanzar en el futuro, si no inmediatamente. En segundo lugar, si perseguimos este tipo de desarrollo reduciremos gradualmente la miseria de nuestro pueblo al mismo tiempo que estaremos reduciendo nuestra dependencia del Norte. Porque estaremos concentrando nuestros propios recursos y nuestras propias capacidades. Y en tercer lugar, seremos capaces de incrementar la cooperación Sur-Sur en nuestro propio beneficio y con el consiguiente fortalecimiento del Tercer Mundo en su conjunto.

Trabajar hacia la meta de un "desarrollo orientado hacia el pueblo" significa adoptar un enfoque que implica una mayor autoconfianza que el que hemos estado utilizando hasta ahora. Ello no significa ignorar el conocimiento humano y los avances de la ciencia moderna. Pero significa mirar la totalidad del conocimiento del mundo y no sólo su último capricho; significa permitir que sean nuestros objetivos nacionales los que determinen cuál será la tecnología que adoptaremos o adaptaremos del Norte. Por necesidad, nos veremos obligados a mirar hacia la experiencia, la capacidad productiva y el conocimiento de otros países del Tercer Mundo. Porque la tecnología que necesitamos para eliminar la pobreza no será necesariamente la misma que requeriría un desarrollo orientado a alcanzar el Norte.

HACIA LA AUTOCONFIANZA COLECTIVA DEL TERCER MUNDO

Permítanme repetirlo: avanzar hacia la autoconfianza del Sur, o de cada uno de sus miembros, no significa pretender que el Norte no está allí, o ignorar los duros hechos de nuestra actual dependencia de él. Tenemos que hacer frente a las consecuencias de nuestro pasado. El pasado nos ha atado al Norte con cuerdas muy poderosas. Nuestras áreas urbanas existen; lo que llamamos nuestro sector moderno, existe. No podemos abandonarlos. Lo que podemos hacer es reorientar, deliberada y cuidadosamente, nuestras actividades de desarrollo futuro de manera tal que conduzcan hacia una autoconfianza cada vez mayor del Tercer Mundo, y que estén basadas en la cultura y en las necesidades reales de nuestros propios pueblos, de nuestras masas. Esto requiere que cambiemos el énfasis de nuestros planes de desarrollo y que decidamos, en el futuro, basar dichos planes en nuestras propias raíces y en nuestros propios recursos. Si hacemos las cosas así podremos beneficiarnos con una cooperación realizada,

sobre una base de igualdad, con otros países que estén también comprometidos en la lucha contra la pobreza. Porque la autoconfianza de cada uno de los miembros del Tercer Mundo sólo puede hacerse efectiva en la lucha contra la pobreza cuando ésta se lleva a cabo en el contexto más amplio de la autoconfianza colectiva del Tercer Mundo como un todo.

Alguna cooperación Sur-Sur existe ya. Ella fue madurando mientras aún nuestra atención estaba dirigida a las relaciones Norte-Sur. Sin lugar a dudas, no podemos desestimar la cantidad y la calidad de esa cooperación, porque proporciona una base sólida sobre la cual podemos construir. Pero no podemos continuar confiando en el conocimiento casual que tenemos de cada uno de los demás, o en las iniciativas de las corporaciones transnacionales, porque no hay ninguna garantía de que ese tipo de conocimiento y esas iniciativas satisfagan las necesidades de nuestros pueblos. El comercio y la cooperación Sur-Sur deben ser promovidos rápidamente y en forma deliberada, con el propósito de vencer la debilidad y la pobreza. Esta es la segunda tarea del Grupo de Apoyo Técnico del Tercer Mundo.

No se puede poner en duda la ventaja mutua y la factibilidad de tal cooperación Sur-Sur, deliberadamente organizada. Pero exigirá de nosotros —del Tercer Mundo— esa especie de "gran acto de imaginación colectiva, ese salto cuantitativo en la capacidad de los estadistas" que Michael Manley pedía del mundo desarrollado. Porque dicha cooperación requiere de mucha confianza en nosotros mismos y en nuestras propias habilidades, como también exige un acuerdo definitivo para ir adelante —bajo nuestra propia responsabilidad— en aquellas áreas en las cuales el Norte no está ahora preparado, o no desea, trabajar con nosotros para luchar contra la pobreza en el mundo. Dicha cooperación Sur-Sur requiere, en otras palabras, un acto de intención política. Tenemos que llegar a un acuerdo deliberado en lo que respecta al desarrollo dirigido hacia la satisfacción de las necesidades del pueblo y basado en los propios recursos y capacidades del Tercer Mundo. Sin un acto como ese, de voluntad política, todo esfuerzo de cooperación y todo compromiso conjunto se desplomará cuando surjan las dificultades que siempre han surgido y siempre existirán.

Por otro lado, la cooperación Sur-Sur no puede ser desarrollada siguiendo las pautas de las antiguas interacciones Norte-Sur. Al interior del Tercer Mundo existen los países pobres y los menos pobres; los grandes y los pequeños; los Estados sin salida al mar y los países litorales. Si, al interior del Tercer Mundo, aquellos países que tienen ventajas buscan explotar a los más débiles, entonces estaremos simplemente repitiendo, entre nosotros y a un nivel más bajo, el tipo de dependencia desequilibrada que hoy existe entre el Norte y el Sur. Y si nosotros intentamos establecer sistemas de cooperación entre el Tercer Mundo, que podrían producir resultados razonablemente equilibrados, sólo a condición de que todos partan iguales, entonces no haremos más que intensificar las desigualdades que hoy existen entre nosotros. El resultado de tales prácticas sería una acumulación gradual de resentimientos mutuos y una división ulterior —quizás entre Tercer Mundo y Cuarto Mundo— con la consiguiente desventaja para todos.

La voluntad política para una positiva orientación económica Sur-Sur es esencial. Pero hay que ser realistas.

A GANAR LA GUERRA CONTRA LA POBREZA

Cada uno de los Estados del Tercer Mundo, y el Tercer Mundo en su conjunto, deben emprender sólo aquellas tareas que crean poder realizar actualmente y deben entonces hacerlas. La falla de un país en el cumplimiento de un acuerdo es igualmente devastadora para su compromiso que se toma en forma conjunta, tanto si la falla proviene de una falta de previsión sobre sus capacidades como si proviene de una falta

de voluntad. La cautela y la preparación concienzuda, antes de tomar un acuerdo, no equivale a rehusar la implementación de la cooperación Sur-Sur; al contrario, es esencial. Tenemos que ser como aquel que camina en una cuerda floja, el cual sólo emprende su camino después de evaluarlo a la luz de su destreza, y que continúa asegurando su equilibrio paso a paso, a lo largo de la cuerda.

Es probable que el beneficio mutuo que implica la cooperación Sur-Sur aumente el número de países involucrados. Más, si esperamos que se decidan la totalidad de los 120 miembros del Grupo de los 77 para adelantar juntos, entonces no nos moveremos en absoluto. Nuestra capacidad es diferente; también lo es nuestro compromiso político con el bienestar de nuestro pueblo y el concepto que tenemos de autoconfianza. Por consiguiente, la cooperación Sur-Sur tiene que ser organizada de manera tal que se adapte y que estimule la participación de los menos comprometidos al mismo tiempo que permita a los más comprometidos juntos de acuerdo a sus propias capacidades. Es por ello que significa la existencia, no de un solo plan para el Tercer Mundo, sino de muchos planes; no uno sino múltiples acuerdos; no una organización del Tercer Mundo sino tantas como sea necesario para cumplir las funciones asumidas en conjunto. La cooperación Sur-Sur puede implicar acuerdos bilaterales, regionales, o acuerdos que involucren a todos aquellos países del Tercer Mundo que estén listos y capacitados para moverse en una dirección determinada. Lo importante es que tomemos la decisión deliberada de movernos en la dirección "Sur-Sur" y que nuestras políticas, tanto internas como externas, reflejen ese nuevo énfasis en nuestras relaciones económicas internacionales.

El problema no reside en que no sepamos lo que se debe hacer. En el mes de mayo de 1981 realizamos la Conferencia de Caracas sobre el tema de la cooperación Sur-Sur. Esa conferencia constituyó un nuevo comienzo, fue seria, e hizo un gran número de sugerencias positivas. Pero desde entonces se ha progresado muy poco. Creo que esto se debió, en parte, al hecho de que nuestros países aún no encaran la necesidad de cambiar el énfasis de sus planes de desarrollo. Y en parte, también, al hecho de que no estamos organizados para implementar las resoluciones aprobadas sobre la coope-

ración Sur-Sur. Son tantos los aspectos de dicha cooperación que están interconectados que no hay claridad sobre cuándo y dónde comenzar.

Quizás deberíamos aprender de nuestra experiencia en materia Norte-Sur. En los años 60 tuvimos la Comisión Pearce, y en los años 70 la Comisión Brandt. Ambas comisiones hicieron avanzar de alguna manera al mundo. No ha sido su culpa si los líderes políticos no implementaron las proposiciones, claras y constructivas, que allí se elaboraron. Sin lugar a dudas, la Conferencia de Cancún brindó una oportunidad para cristalizar esa voluntad política que permitiría hacer progresos en lo que se refiere a las proposiciones Brandt. Aún ahora algunos líderes políticos, tanto del Norte como del Sur, están tratando de encontrar el camino que permita convertir en acción dichas proposiciones.

Una Comisión Sur-Sur, que tenga el mismo tipo de base amplia, y el mismo tipo de composición de alto nivel y de personal técnico, proporcionaría un servicio similar a la cooperación entre el Tercer Mundo. Esta comisión podría analizar las diferentes ideas que se han discutido a través de los años, las necesidades de organización actuales y futuras, y las prioridades de acción a nivel del Tercer Mundo que sean apropiadas para enfrentar una lucha seria contra la pobreza en el mundo. Podría esperarse que, al final, esa comisión anunciara un programa de acción definitivo que enfatizara el problema de "cómo movernos".

Permítanme recapitular lo que he dicho. He sostenido que el Tercer Mundo sí existe, y que tiene un significado que puede ser utilizado para el mejoramiento del nivel de vida de las masas en el mundo. He sugerido que necesitamos rechazar la noción de que las metas, deban ser fijadas inevitablemente por las pautas tecnológicas y sociales del Norte. Indudablemente, he argumentado de que al Tercer Mundo sólo le espera el desastre si continúa tratando de "alcanzar al Norte". He insistido, en cambio, que a través de la autoconfianza y la cooperación organizada sobre la base Sur-Sur, podemos promover —aún en las actuales circunstancias económicas adversas que hoy existen— nuestros propios objetivos nacionales.

La guerra contra la pobreza aún tiene que ser ganada. Permítannos volver a comprometernos en ella, armados con la experiencia de los esfuerzos realizados en el pasado.

LA EDUCACION EN VENEZUELA

Serie de trabajos que recogen la problemática de la Educación en Venezuela: su historia, su filosofía, sus contenidos, sus maestros... para la reflexión y búsqueda de perspectivas del presente educativo venezolano.

TITULOS PUBLICADOS

1. La Educación en los orígenes y creación de la nacionalidad (1498-1830)
2. Organización y consolidación del sistema educativo (1830-1935)
3. La Educación en el proceso de modernización de Venezuela (1936-1948)
4. Pensamiento educativo de A.D. Raíces e ideas básicas (1936-1948)
5. El maestro en el proceso histórico venezolano
6. El maestro hoy
7. La Educación en COPEI
8. El Sistema Educativo
9. La Educación Técnica. Descripción general
10. El Ciclo Diversificado Industrial
11. Educación Básica. Filosofía
12. Educación Básica. Plan de Estudio
13. Educación Básica. El Alumno. Proceso evolutivo de su personalidad
14. Educación Básica. El Docente. su perfil y formación
15. Educación Básica. La Comunidad Educativa



Publicaciones del

CENTRO DE REFLEXION Y PLANIFICACION EDUCATIVA

Avenida Blandin - Colegio San Ignacio - Chacao

Apartado 62.654 - Caracas 1060-A - Venezuela Teléfono 93.67 21